

09

DOI: [https://doi.org/ 10.14483/2422278X.18778](https://doi.org/10.14483/2422278X.18778)



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

CIU
DAD
PAS
AN
DO



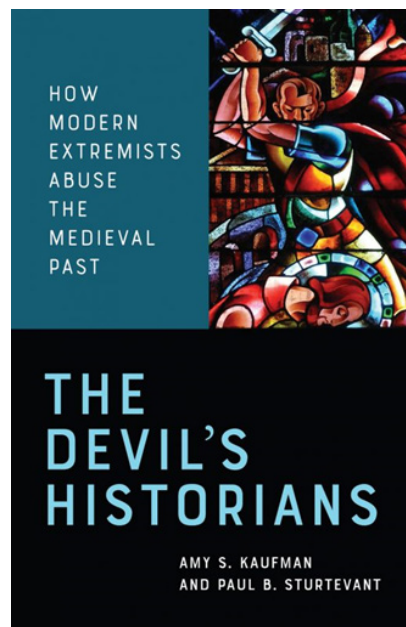
ISSN impreso: 2011-5253
ISSN en línea: 2422-278X

RESEÑA

Demonios e historiadores en tiempos de “Juego de Tronos”: Los usos de la Edad Media

Adrián Serna Dimas¹ 
Colombia

Para citar este artículo: Serna, A. (2022). Demonios e historiadores en tiempos de “Juego de Tronos”: Los usos de la Edad Media *Ciudad Paz-ando*, 15(1), 118-122. doi: <https://doi.org/10.14483/2422278X.18778>



Kaufman, A. y Sturtevant, P. (2020). *The Devil's Historians. How Modern Extremists abuse the Medieval Past*. University of Toronto Press.

¹ Profesor titular de la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo: aeserna@udistrital.edu.co
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0180-0945>

Érase una vez un tiempo en el cual caballeros y princesas, brujas y brujos, ogros y elfos, cancerberos y dragones representaban para masas inmensas las grandes vicisitudes de la existencia humana (y divina). También en el cual la historia parecía cada vez más un encantamiento y la verdad toda una maldición arcana. En este tiempo, en esta historia, que son nuestro tiempo y nuestra historia, aparece el trabajo de Amy S. Kaufman y Paul B. Sturtevant con el sugerente pero no menos hermético título de *The Devil's Historians* o *Los Historiadores del Demonio*. El libro viene a recordarnos que los parajes literarios, televisivos y cinematográficos de diferentes sagas de reinos mágicos están hechos con fragmentos de la Edad Media, pero sobre todo con fragmentos de lo que distintos regímenes han pretendido que sea la Edad Media. Kaufman es una escritora dedicada, entre otras cosas, a los estudios medievales y la cultura popular², mientras que Sturtevant es un historiador y medievalista público³. Los dos se reunieron para este libro que publicó en el pandémico año 2020 la University of Toronto Press.

El libro tiene una introducción, seis capítulos y un epílogo. En la introducción los autores plantean la distinción entre el pasado como el lugar de los hechos y la historia como la narración de estos hechos del pasado, para luego advertir que esta última está expuesta a distintos usos, entre ellos a unos usos abusivos o reprochables como los dirigidos a incitar el odio, la discriminación y la violencia en el presente. Uno de estos usos reprochables de la historia es la armamentización del relato histórico (*the weaponization of history*), que Kaufman y Sturtevant definen como la pretensión de poner el pasado en la base de unas ideologías extremistas, con la intención de justificar o legitimar el control, el señalamiento, la sindicación, la opresión o el atentado a ciertos sujetos sociales, como las mujeres en la Roma de Augusto; las minorías étnicas o culturales, como los judíos en la Alemania Nazi; o a naciones enteras, como las africanas o indígenas bajo el Imperio Británico. Uno de los periodos preferidos por este uso armamentístico de la historia es la Edad Media que, recubierta de oscuridad por diferentes historiadores durante siglos y sujeta a toda suerte de ambivalencias entre el gran público, terminó asociada con unos objetos, imágenes, prácticas y temas que tienen menos una base histórica y más una mitológica reproducida como verídica por la cultura popular.

En el primer capítulo Kaufman y Sturtevant ubican los principales mitos asociados con la Edad Media, muchos de ellos derivados de acontecimientos, fenómenos o hechos bastante circunscritos, que solo tuvieron suceso en las postrimerías o confines de este periodo, o

que fueron amplificados o exagerados en siglos posteriores, entre ellos, la cacería de brujas o la guerra. Para los autores existen seis grandes mitos alrededor de la Edad Media, todos ellos basados en lecturas fragmentarias asumidas como totales y absolutas por la cultura popular: i) que la vida del medioevo era desagradable, brutal y reducida; ii) que la totalidad de las gentes eran poco educadas, iletradas e ignorantes; iii) que no existía individualidad y todo estaba destinado a lo colectivo; iv) que los personajes más importantes eran hombres heterosexuales; v) que el mundo medieval era blanco y cristiano; y vi) que la Edad Media es historia antigua, pasada y sucedida. Kaufman y Sturtevant advierten el escaso sustento o el carácter abiertamente falso de estas creencias.

El segundo capítulo muestra cómo estas lecturas de la Edad Media, que surgieron desde el Renacimiento, fueron incorporadas en diferentes momentos históricos, en unos casos para cuestionar o descalificar al pasado, a los Otros o al pasado de los Otros, y en otros casos como materia prima para unas literaturas nacientes que irrumpieron en medio de los procesos de formación o constitución de unos Estados nacionales, de unificación de unas entidades antiguas bajo la forma moderna de Estado o de reacción o resistencia de unas entidades nacionales dominadas frente a la opresión o el mandato de unos Estados dominantes, todo esto en Europa. La medievalización recogió un conjunto de prácticas que pretendieron conferirle antigüedad a las comunidades nacionales y hacerlas partícipes de unos símbolos que serían exclusivos, distintos de los impuestos por imperios como Roma. Así, los fragmentos de la Edad Media vertidos a las literaturas nacionales estarán en la base de las mitologías medievalizantes, las cuales serán transferidas al gran público por industrias culturales como el cine y la televisión (el Medioevo sería uno de los productos preferidos de lo que Alison Landsberg denomina la memoria protésica⁴). Estas mitologías también serán explotadas por los políticos con sus ideologías incluso más allá de Europa. Una muestra de la globalización del medievalismo en los Estados Unidos y América Latina, señalan Kaufman y Sturtevant, son los discursos del staff de ideólogos que acompañan a personajes como Mr. Trump o al Señor Bolsonaro con sus slogans cargados de providencialismo cristiano o con ánimos de cruzada.

Ya en el siguiente capítulo, Kaufman y Sturtevant plantean cómo las lecturas fragmentarias o parciales de la Edad Media han resultado propicias en el último siglo para las ideologías basadas en la supremacía religiosa, como la ideología cristiana a la que apelaron

2 <https://www.amyskaufman.com>

3 <https://www.paulsturtevant.com>

4 Landsberg, A. (2004). *Prosthetic Memory: the Transformation of American Remembrance in the Age of Mass Culture*. Columbia University Press.

los ingleses en medio de la ocupación de Palestina en la Primera Guerra Mundial; en el odio racial, como la ideología antisemita de los alemanes durante el nazismo; en el supremacismo racial, como la ideología racista de los grupos extremistas tipo Ku Klux Klan (KKK); o en el odio religioso, como la ideología islamófoba propagada por la extrema derecha estadounidense y europea tras el atentado a las Torres Gemelas. Para los autores, los usos cuestionables de la Edad Media están presentes en la teoría conservadora del “choque de las civilizaciones”, pero sobre todo han escalado en medio de nuevas derivaciones de esta misma teoría, como la muy peligrosa teoría del “conservatismo civilizacional” (*civilizational conservative*), que entiende que los valores occidentales solo pueden ser preservados y extendidos a través de una restauración violenta del mundo medieval, muy a la manera de las Cruzadas de hace diez siglos, idea presente en algunas de las plataformas más radicales de la derecha tanto en Estados Unidos como en Europa. —Abro paréntesis: Invocación medieval que también está presente en los movimientos católicos de ultraderecha latinoamericanos, como la agrupación “Tradición, Familia y Propiedad” (TFP), que recicló el medievalismo de cierta clerecía ultraconservadora, como la del obispo Miguel Ángel Builes en Colombia. Cierro paréntesis⁵—.

En el cuarto capítulo, el libro se dirige concretamente al efecto de los usos cuestionables de la Edad Media por el Supremacismo Blanco en los Estados Unidos. Para los autores, los esclavistas sureños efectivamente se vieron a sí mismos como nobles caballeros que habían conquistado por las armas una “tierra virgen” para imponer su ley. Una imagen fascinada del pasado medieval que explicaría el éxito que conoció en esta parte de los Estados Unidos una novela como *Ivanhoe* del escocés Walter Scott (obsesión de los blancos con el Medioevo que Mark Twain ridiculizó con la famosa “Enfermedad de Sir Walter”). La creencia en este “feudalismo neomedieval” supuso un enaltecimiento de las armas y las acciones violentas que, apenas atenuada con la derrota de la Guerra Civil, resurgió con fuerza con los “White Knights” del KKK. Esta ideología de un sur feudal dominado por caballeros blancos ha visto un poderoso fortalecimiento con la Internet, toda vez que diferentes sectores de extrema derecha han profundizado su discurso racista apelando a teorías conspiracionistas de fácil propagación en redes, la más famosa de ellas conocida como “La ilustración oscura” (*The Dark Enlightenment*), que señala que el origen de todos los

males de Occidente, como el humanismo, los derechos y la democracia, se iniciaron con el fin de la Edad Media.

En el quinto capítulo, Kaufman y Sturtevant ubican algunas de las lecturas fragmentarias y usos cuestionables de la Edad Media dentro de los productos de consumo masivo del presente. Estas lecturas y usos tienden a resaltar una serie de divisiones como esencias únicas y estereotipadas del mundo medieval, entre ellas las que distinguen lo femenino (débil) de lo masculino (fuerte), la mujer (desprotegida) del hombre (protector), la princesa (encerrada en la torre del castillo) del caballero (que debe rescatarla). Estas divisiones están en la base de prácticas como la violación, el rapto o el asesinato de mujeres, presentadas como derecho, prebenda o premio de los hombres. Estas particiones, junto con sus prácticas, fueron actualizadas en el transcurso de los siglos por diferentes ideologías para concederle profundidad en el tiempo a sus propias concepciones, en últimas, para naturalizarlas. Estas divisiones y prácticas se mantienen hasta el presente en diferentes productos de consumo masivo, como las series televisivas, donde estas son presentadas como naturales o evidentes, incluso indispensables, para la existencia de una dinastía, un reino o el mundo en sí. Esto en medio de una realidad donde las cifras de víctimas por feminicidio son estremecedoras.

En el último capítulo los autores señalan la extensión y profundización de los usos reprochables de la Edad Media en medio del ascenso del extremismo religioso. De una parte está el cristianismo de extrema derecha, que cuenta con una vieja tradición medievalista que vincula a San Miguel Arcángel, la institución de la caballería y, obviamente, la empresa de las Cruzadas: estas imágenes son esgrimidas por el cristianismo recalcitrante para invocar la guerra en nombre de la fe contra los infieles. —Abro paréntesis: de Miguel Builes a TPF. Cierro paréntesis nuevamente—. De otra parte se encuentra el extremismo islámico, representado por movimientos como ISIS o el Daesh, que efectivamente llama a una yihad para restaurar la edad de oro del islam en el mundo medieval, en donde aparece como imagen ejemplar el Califato, como empresa fundamental la reconquista y como objetivo definitivo la restitución del islam desde La Meca hasta el Al-Ándalus.

El libro finaliza con una reflexión sobre el futuro del pasado medieval, señalando que este periodo histórico sigue nutriendo de manera importante la literatura, el cine, la televisión y en general la cultura de masas, en unos casos reproduciendo una vieja tradición de esencialismos y estereotipos, en otros, no obstante, permitiendo la apertura a nuevas apropiaciones con una inclinación por imágenes, prácticas o temas novedosos.

Este ensayo de Kaufman y Sturtevant resulta relevante para aproximarnos a movimientos declarada o no declaradamente fascistas, que tienden a apelar a

5 Véase Serna Dimas, A. (2020). *Los Hombres Entigrecidos. Hecho Colonial, Mitología Nacional y Violencia en la Cuenca Media del Río Magdalena, Colombia. Tomo 2: La Génesis de un Paisaje Tropical*. Universidad Distrital FJC, 18-31.

unas formas estereotipadas o simplificadas del pasado para construir unas identidades sociales, poner en circulación una serie de imágenes esenciales, reclamar unos valores primordializados y, sobre todo, justificar todo tipo de prácticas violentas contra las mujeres, las personas LGBTI, las minorías étnicas, partidos políticos e incluso tradiciones culturales enteras. Lo más peligroso de estos movimientos es que se valen de unos objetos que, extractados de unos siglos por mucho tiempo ocultos o incomprendidos y modelados en el transcurrir del tiempo por las más diversas mediaciones del arte y los medios de comunicación masiva, resultan especialmente fascinantes para diferentes agentes sociales, cuales más los jóvenes.

Aunque sin duda es un ensayo sugerente, se queda corto en las razones profundas que conducen no solo a que unos movimientos sociales, culturales o políticos relativamente circunscritos apelen específicamente a formas primordializadas del pasado para incitar al odio, la discriminación y la violencia, sino a que esto derive en la propagación de unas emociones o sentimientos colectivos más amplios que terminan modelando auténticas masas fascistas dispuestas a admitir o perpetrar ellas mismas la victimización de los otros encubriéndose en un pasado que debe ser revivido o reivindicado. Se puede pensar que esta limitación del ensayo se debe a que omite una tradición de historiadores bien reconocida dedicada a interrogar las circunstancias, los modos y las prácticas que permiten instalar en determinadas sociedades ciertas formas mistificadas del pasado, entre ellas las del pasado medieval, con toda una serie de implicaciones en la profundidad del mundo social. Extraña especialmente que el texto no haga referencia alguna a quien es quizá el historiador más conocido al respecto: George Mosse.

Mosse, historiador judío alemán nacionalizado en Estados Unidos, dedicó buena parte de su obra a indagar las fuentes filosóficas, históricas, artísticas e ideológicas que permitieron el ascenso del nacionalsocialismo. Una de estas fuentes fueron ciertas interpretaciones del mundo medieval que, recuperadas o amplificadas por el romanticismo decimonónico, fueron utilizadas por los sectores más reaccionarios de una Alemania en curso de modernización para confrontar lo que ellos consideraban la amenaza del racionalismo sin espíritu representado tanto por el capitalismo como por el comunismo. La Edad Media fue recuperada por estos sectores para resaltar en ella la presencia dominante de la naturaleza, para reivindicar la vigencia de las entidades

paganas, exaltar la devoción religiosa, entronizar tanto al caballero como a la guerra, recubrir al amor de tonos sacrificiales y, con todo esto, para erigir a la violencia como estado natural, divino, humano y fundamental de la existencia. Con esta recuperación ideologizada, dirá Mosse, tuvo lugar una medievalización del mundo social que, de una u otra forma, supuso una barbarización de la sociedad que hizo admisible muchas de las pretensiones del nacionalsocialismo, entre ellas el ejercicio cotidiano y brutal de la violencia, en especial contra el judío o el romaní⁶.

Los fragmentos de la Edad Media, o mejor los fragmentos de lo que ciertas lecturas han hecho de la Edad Media, duermen en diferentes lugares, entre ellos los cuentos infantiles y más recientemente en el cine y las sagas televisivas. Que la fascinación que ellos provocan proceda del hecho de que nos vinculan con una trama transhistórica o transcultural que nos arroja incluso a los orígenes de la guerra, el amor o el poder antes de cualquier Medioevo, es una pregunta. Que la fascinación que ellos provocan proceda del hecho de que nos vinculan con un mundo primordial donde la violencia es admisible en todas sus formas, es otra pregunta. Esta última no deja de suscitar bastantes inquietudes en unos tiempos donde la heroicidad pareciera de regreso, o cuando menos fuera de nuevo magnificada, como si quienes eso hacen, como si quienes se viven llamando héroes o proclamándolos, no tuviesen la capacidad de percatarse de lo que eso implica. Una sociedad que vive exultante con sus héroes no tiene modo de compadecer a ninguna víctima ni de desistir del llamado a la violencia.

6 Para destacar tres obras fundamentales de Mosse: i. (1990). *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*. Oxford University Press. ii. (2003). *Nazi Culture. Intellectual, Cultural and Social Life in the Third Reich*. The University of Wisconsin Press. Y iii. (2006) *Les Racines Intellectuelles du Troisième Reich. La Crise de l'Idéologie Allemande*. Calman-Levy / Mémorial de la Shoah.

Un análisis más reciente sobre el papel del Medioevo en la conmemoración de la Primera Guerra Mundial tanto en Alemania como en Gran Bretaña, y en lo que será el influjo de esta en la disposición para la Segunda, se encuentra en Goebel, S. (2007). *The Great War and Medieval Memory. War, Remembrance and Medievalism in Britain and Germany, 1914 – 1940*. Cambridge University Press. Goebel efectivamente continúa acá los análisis de Mosse sobre la medievalización del mundo social, en particular la imagen del sueño y el durmiente que encarna en el famoso culto al soldado caído. Para el caso de los Estados Unidos, este culto al soldado caído se encuentra en estudios recientes como los de Bontrager, Sh. (2020). *Death at the Edges of Empire. Fallen Soldiers, Cultural Memory, and the Making of an American Nation, 1863 – 1921*. University of Nebraska Press.

